Quetzalcóatl y Coatlicue

Introducción

La serpiente en la mitología

El hombre incivilizado suele sentirse en inferioridad ante muchos animales, que aparecen como más fuertes, más sutiles, y a veces incluso mśa inteligentes que él. Este es el origen del culto que algunos pueblos primitivos han tributado a ciertos animales entre los que la serpiente ocupa un lugar verdaderamente excepcional. A causa de sus movimientos de reptación, su habilidad para desaparecer repentinamente, el brillo y la fuerza fascinante de sus ojos y especialmente a consecuencia de su fatal mordedura, la serpiente ha sido un tema de una gran cantidad de leyendas en las que el temor ancestral llevaba a deificarlas para aplacar su furia, o a considerarlas el origen de todos los males, la encarnación del demonio.

En Egipto, la cobra o uraeus figuraba como símbolo del fuego o del disco solar, ya que el dios del Sol se representa en forma de serpiente o doble áspid a veces alado. Los dibujos de serpientes en las tumbas del Valle de los Reyes son abundantes, llamando la atención la extraordinaria fantasía de sus representaciones. Algunos historiadores creen en la migración del culto a la serpiente que se propagaría por conducto de los fenicios a la India, Extremo Oriente, islas del Pacífico, y probablemente a América. La adoración de la serpiente tiene dos modalidades muy marcadas, según se adore al animal como tal, o como incorporación de un dios o de un espíritu, que aparece como ofidio, que es probablemente la forma antropomórfica de las serpientes primitivas, o bien a veces la serpiente aparece como servidor de Dios, atribuyéndosele la custodia de un templo o lugar sagrado. Esto era frecuente en los santuarios dedicados a Asclepios, Esculapio, dios de la medicina, cuidándose de su alimentación sacerdotisas vírgenes; estas serpientes auguraban salud y felicidad. En estos templos el animal, que era la representación del dios, sugería la fórmula curativa en sueños al enfermo o bien hacía fecundas a las mujeres que iban a dormir al templo. En la mitología centroamericana, especialmente la mejicana, incluso la preincaica, la serpiente ocupa un lugar preeminente y preponderante. En el templo de Quetzalcóatl los relieves de cabezas de serpientes son de una belleza inusitada, al propio tiempo que se realizaban para inspirar temor. La imagen de Coatlicue, nombre que significa serpiente, tiene cabeza de ofidio, y se considera la madre de la tierra. La idea de relacionar la serpiente con la fertilidad es también una de las razones de su culto. Son famosas las columnas de algunos templos mejicanos en las cuales la base es la cabeza de la serpiente y el fuste es la cola erguida. El reino de Kmehr, que alcanzó su máximo esplendor en los siglos IX al XIII en

Coatlicue (Museo Nacional de Antropología. México)

Camboya, y cuya máxima representación son los famosísimos templos de Angkor, tiene en su mitología la gran serpiente naga, con cinco, siete o nueve cabezas, cuya hija, al casarse con un príncipe hindú dio lugar a la creación del reino Kmehr. La serpiente es disputada por los genios del bien y del mal en las esculturas de la entrada a la ciudad de Angkor-Thom. En todo Oriente se ven con frecuencia esculturas de Buda en meditación con la naga protegiendo su cabeza. Así llega también a las representaciones cristianas. Es conocido el episodio bíblico de la serpiente de bronce, en el que Moisés recibe de Dios la orden de fabricar un ofidio de este metal, como las que picaban a los israelitas en su marcha por el desierto y colocarla a la vista de todos; los que habiendo sido mordidos mirasen allá no morían. El cristianismo hizo de este símbolo la imagen de Jesucristo clavado en la cruz, de modo que El mismo lo dice en una de sus parábolas. La idea de la serpiente como «origen de todos los males», el pecado original, llega hasta nuestros días a través del episodio en el que es ella quien induce a nuestra primera madre, Eva, al pecado. Más tarde la Redención vendrá en la nueva Madre, la Virgen María, que «aplastará la cabeza de la serpiente» y con ella el mal. La medicina y la farmacia hacen también su símbolo de la serpiente de bronce, y por su parte el comercio, representado por su dios Mercurio, plasma en el caduceo con dos serpientes, la astucia y sinuosidad propias de la profesión. Sus atributos son:

— La riqueza de colores indica el amor a lo aparente y terrenal no duradero.
— Amor a los sentidos.
— Su visión es mejor por la noche (nocturno, tinieblas).
— El veneno indica la muerte.
— Su arrastre por la tierra: indica su adhesión a lo terrestre, ruin, bajo y material.

I. El Mito

Concepto del mito

Si la mitología puede abordarse como estudio de contemplación, en el sentir actual no se reduce en modo alguno a una actitud estética, ni menos a una distracción. Al contemplar se produce un aprendizaje inconsciente; de la misma manera que el arte nos eleva y que los cuentos infantiles de origen folklórico, y por consiguiente, mítico, nos aleccionan, sin necesidad de que se formulen expresas moralejas, así la mitología en su vastedad general, o en sus aspectos particulares y monográficos, ofrece ante la mirada del espíritu unos panoramas que transforman parcialmente nuestros conocimientos del mundo y nuestra visión del ser humano. Y ello sucede así por razones psicológicas, a cuyo alcance sólo se ha podido llegar por el trabajo de búsqueda de los investigadores. *Erich Fromm, Kereny* y otros autores han señalado como factor fundamental en el hecho mitológico, que pertenece a la vez a la estructura lógica del pensamiento y a la estructura mágica. Como el lenguaje de los símbolos, el de los mitos habla directamente al inconsciente, pues de él surgió en unos períodos determinados, de la existencia humana. Sus imágenes poseen un atractivo perenne por esta causa, por su vida interior,

que emana siempre. Esto explica también el factor de ambivalencia, que tempranamente señalara Levba en todo lo mitológico; como a la vez, los mitos parecen relatos descriptivos y asociaciones dramáticas de formas, suerte de metáforas desarrolladas, y como ofrecen aspectos de la más alta racionalidad junto a otros incomprensibles por su extraño despropósito. Sin embargo, estos dos elementos están íntimamente unidos y la esencia de la mitología radica justamente en esa conexión que asegura el dinamismo del pensamiento mítico y su necesidad de resolverse y también de ser interpretado. La lectura de la mitología posee un doble carácter de conocimiento y de ilusión de historia y de negación total de este carácter realista de lo acontecido. *Jung*, con su teoría de los arquetipos y *Mircea Eliade,* al referirse a los modelos perennes de un tiempo y un lugar que están situados más allá del transcurso temporal y de la geografía, han contribuido decisivamente a explicar, en la medida de lo posible, los mecanismos principales del pensamiento mítico, el cual rechaza lo concreto y la repetición y tiende a refugiarse en un dominio en el cual sólo tiene valor la idea práctica, que es como el modelo por el que se rige la realidad cuando adquiere forma de desenvolvimiento histórico y de acontecimientos. La mitología se halla en una región intermedia entre las ciencias de investigación histórica e iconográfica, y las de estudio, de la «historia humana».

La mitología se puede explicar como el intento de los pueblos para entender el mundo físico y psíquico, con sus combinaciones de impulsos primarios, tendencias superiores de sublimación y formas de expresión coherentes o contradictorias. La variedad de explicaciones que puede admitir un mito se halla limitada dentro de una sola línea de pensamiento-acción. Es decir, los símbolos y los mitos no poseen un solo significado, antes bien, son multivalentes, pero esta variedad nunca es caótica y aparece ordenada en una dirección determinada por la intención de su impulso radical. Esta ley explica que los antiguos tan pronto viesen en un mito una alegoría de hechos naturales como una lección moral. En realidad, en cuanto ambas mantenían cierta correspondencia y analogía entre sí, sería un grave error pretender reducir la mitología a lo simbólico y pretender encontrar en ellos los símbolos, la pauta, para la interpretación de todos los contenidos de la mitología. El factor irracional, aún cuando no arbitrario, es difícil de reducir a una explicación conveniente. Lo mitológico, de otro lado, rebaja lo simbólico, porque constituyó en un tiempo, a veces por largos siglos, la religión de un pueblo y, aunque no haya identidad perfecta entre mitología y religión o seudo-religión, hay las conexiones suficientes para hacer que el «sueño colectivo de un pueblo» posea una amplitud de registros y una complejidad interna, que no puede resolverse por tablas de analogías, aunque éstas facilitan ayuda. Otra dificultad estriba en que la mayor parte de las mitologías no se formaron en un solo período de tiempo, ni poseen, por consiguiente, una entera unidad de sentido cultural o psicológico. En las mitologías hay estratos que corresponden a las épocas en que se han ido elaborando distintos mitos, casi siempre en relación con acontecimientos de la vida de los pueblos, o respondiendo a necesidades experimentadas por su intuición. Cada conjunto mítico surge precisamente cuando la marcha ascensional de un pueblo se encuentra a un nivel de cierta elevación que le obliga a dar una explicación de los fenómenos naturales y espirituales, de la trabazón dramática de los mismos, de la inevitabilidad del destino y del origen y final de las cosas. Es el caso del rey Quetzalcóatl, luego convertido en mito, mito de la realeza y

del caudillaje, mito del origen de lo agrícola, mito solar y mito redentor y salvador.

En los pueblos americanos por su mayor primitivismo y por no haber alcanzado el grado de desarrollo literario elevado de los griegos y romanos, a la vez que por una predilección por lo oscuro, indeciso, terrorífico, no encontramos esa postura crítica que frecuentemente surge en los comentarios sobre la vida de sus deidades. La mitología americana da un marcado carácter instintivo a los acontecimientos y caracteres. Parece como si el concepto indio de lo maya, o forma de ilusión particular, que envuelve a cada cosa creada, aunque sea un dios, acompañe siempre a tales intuiciones míticas. Esta continua intuición de lo relativo y transitorio de cada forma y destino, que da un carácter pesimista, deriva en gran parte de las peculiares condiciones de vida.

Concepto del mito en el pueblo mejicano

El mito es una interpretación de la realidad. En él encuentra el antiguo poblador de Méjico la explicación de todos los seres y fenómenos. Lo que nos dan los sentidos es sólo una apariencia compleja y problemática. Frente a este enigma que es la realidad, el mito viene a ser una orientación espiritual con vigencia para este mundo. Como hay un pensamiento mítico podría hablarse también de una visión mítica, que ni se contenta con las formas aparentes ni les reconoce fuerza de norma. Para las representaciones a las que ha dado expresión ha debido servirse de un lenguaje propio. En la idea del hombre paleo-mejicano el mito es la realidad y su arte un realismo mítico. El mito, medida de todas las cosas, según aquella concepción, concede al hombre un lugar muy modesto. No es más que un humilde servidor de los dioses, o mejor dicho, su auxiliar en la gigantesca obra de mantener el orden cósmico por el que él y la comunidad pueden subsistir. El arte —palabra desconocida por el antiguo mejicano— es la interpretación del mito y su función crear estatuas de los dioses y los objetos necesarios para el ejercicio del culto. Para la glorificación del hombre, de su personalidad, de sus hazañas y de los hechos históricos no hay oportunidad alguna ni se le concede valor eterno de cultura, ni de progreso espiritual. El hombre nunca llega a ser objeto de representación, a lo sumo, testigo, y en caso excepcional, de la grandeza y omnipotencia del obrar divino, dentro de las civilizaciones clásicas de Méjico.

Los antiguos dioses mejicanos eran encarnaciones de las fuerzas de la naturaleza, eran demoníacos, terribles, crueles, nefastos y destructores como los elementos naturales. En su carácter pavoroso se muestran grandes, sublimes y extraordinarios, pero no debían ser «hermosos» o «bellos», porque su imagen divina no debía provocar sentimientos estéticos, su destino era provocar en la entraña espiritual de la emoción religiosa, esa profunda entrega a ellos, que lleva al sacrificio de la propia vida y al regalo del cuerpo y de la sangre del hombre. Todo lo que supusiera una transformación del sentimiento religioso en imágenes bellas, sería despojar a aquél de esas fuerzas mágicas y míticas que posee y que están lejanas al mundo humano, terrenal y material.

Por otro lado, la experiencia fascinante de lo irracional no cesó nunca de inspirar la fantasía religiosa y por ende, la artística. La muerte y el sacrificio humanos no solamente estaban concebidos como algo positivo para la humanidad, sino como necesarios para la redención del mundo y del hombre e imprescindibles para el logro de alcanzar

la luz, la verdad, la explicación y comprensión de la vida y del existir. Es por esto, por lo que se nos hace tan ambigua toda explicación mítica, si las comparamos con la mitología griega, o germánica, y también es el elemento que condiciona la comprensión estética de su arte. El arte paleomexicano quiso dar expresión a lo inefable, lo sublime, lo no perceptible por los sentidos y conferir formas plásticas a representaciones mágico-míticas.

Es un arte expresionista, imaginativo, muchas veces alucinante, que da cauce libre al fruto de la imaginación.

Debemos tener en cuenta también que el artista perteneció a la clase sacerdotal, y que por lo tanto, la imaginación y la fantasía creadoras estaban condicionadas por una serie de ideas de tipo mágico-mítico-religioso y que esta representación y este quehacer artístico estaban rodeados de misterio. El arte como concepto propio no existía y lo que hoy vemos con ojos de representación artística tenía una funcionalidad como representación mítica, y tenía por otro lado un carácter didáctico y servía de modelo de imitación, demostración para el ejemplo del hombre y necesario a la existencia. Por otro lado, el dualismo viene a ser el principio esencial del antiguo mundo mexicano, determinando las representaciones de los dioses, de la naturaleza y del arte.

Hay una lucha de fuerzas contrarias, destructoras y creadoras, verdadero antagonismo que forma y transforma el mundo. El dramatismo de esta lucha explica los acontecimientos de la naturaleza. La propia naturaleza se explica con esta dualidad sequía-lluvia, frío-calor, muerte-vida, duro-blando, etc. Hay unos dioses que luchan contra otros. La destrucción de los cuatro mundos, consignada por el mito paleomexicano no es como el diluvio un castigo contra la impiedad de los hombres, sino un duelo entre los grandes rivales divinos. Quetzalcóatl (el dios blanco) y el negro Tezcatlipoca, que constantemente están destruyendo el mundo creado por el otro. Su lucha constituye la historia del universo y sus triunfos alternativos son la explicación de la tensión creadora. El origen de la obra maestra y principal de la escultura azteca tiene su significación en su explicación dual; es la monumental figura de la diosa Coatlicue, símbolo y representación de la diosa tierra, que a la vez simboliza la vida y la muerte, aunque sin embargo, yo le doy un valor negativo, destructor, nocturno, material y terrestre, es decir, lo femenino como símbolo de la anticreación, degeneración y oscuridad espiritual y cultural, es decir, que para mí Coatlicue estaba concebida como una significación o valoración antifeminista.

Vemos que el México antiguo basa su concepción del mundo, su ideario y su pensamiento en el principio del dualismo. Sin embargo, como dice *Paul Westheim,* falta el dualismo entre la vida y la fe. El mito como ya vimos no es un dominio al margen de la vida; no es la satisfacción de las necesidades materiales sino que abarca la totalidad de la vida, tanto la religiosa como la profana, y ésta está total y absolutamente determinada por la religiosa. Cualquier empresa, cualquier hecho o acción que realicemos, de la índole que sea, sólo puede tener sentido, sólo puede tener éxito, si se realiza en consonancia con la voluntad de los dioses y con su ayuda. Lo que los sentidos transmiten al hombre del Méjico antiguo es apariencia, cosa problemática, susceptible de diversa interpretación. Pero esta interpretación mítica no se reduce a lo físico, sino que se apoya en las representaciones cósmicas del hombre. El mito transforma todo acaecer y to

fenómeno; los priva de su naturaleza terrenal y les confiere una nueva entidad, reveladora de ese misterio, que es la realidad y de la existencia del hombre dentro de ella. El hombre del Méjico antiguo, arraigado en el mito, impregnado del mito, recurre a él para interpretar lo que ve. Ve a través del mito. Al pensamiento mítico —como dice *Paul Westheim*— corresponde un ver mítico; un ver que descubre en todo fenómeno un sentido mítico. Cada cosa, cada ser, cada acción, o cada hecho se produce, tiene una razón de ser, una explicación metafísica, más allá de lo real, de lo aparente. La realidad es lo que representa, lo que significa, su valor mítico, su valor filosófico, su esencialidad. *Paul Westheim* nos cita el ejemplo del colibrí. El colibrí no es para el hombre del Méjico antiguo, un simple pájaro, es —primero y ante todo— lo que el mito ha hecho de él, el símbolo de la resurrección. Estamos, pues, según mi opinión, muy cercanos a un pensamiento panteísta, de divinización de todo cuanto acontece y de todo cuanto existe.

Para el hombre y el creador artístico del Méjico antiguo, la apariencia física no es sino disfraz, bajo el cual se oculta la verdadera naturaleza. El realismo del arte antiguo de Méjco, como ya dijimos, es un realismo mítico.

Bancroft dice: «los animales no son a veces sino hombres disfrazados. Esta idea es frecuentemente la base de la santidad de determinados animales».

II. Consideraciones de Quetzalcóatl y Coatlicue desde el punto de vista etimológico y semántico

a) De Quetzalcóatl

Del azteca quetzal (pluma) = valor de lo aparente, de lo bello, lo etéreo y celeste, lo estético.

Cóatl = culebra o lombriz de estómago.

Coat o cuat = gemelo; en el caso de Quetzalcóatl, estrella matutina y vespertina.

El quetzal = es un pájaro de América Central, de pies trepadores, pico corto y robusto, arqueado, ancho en la base; cobijas largas, moño comprimido, más desarrollado en el macho; plumaje suave, verdoso con brillo metálico; vientre rojo escarlata, remeras y timoneras medio negras, blancas las timoneras externas. Es de unos 25 cm. de tamaño. Es indomesticable pues muere de ira en la cautividad. Hoy es ya raro. Esta ave sagrada de los antiguos mejicanos, que daban a sus plumas el mismo valor de la esmeralda y que constituían el mejor tributo como adorno del manto de los emperadores aztecas, fue también ave mitológica como símbolo de la belleza de los dioses, y aún hoy se usan sus plumas como talismán y se atribuyen propiedades curativas secretas a su corazón.

Quetzalcóatl = del azteca quetzalli (pluma) y cóatl (culebra). Dios del aire de la mitología de los antiguos habitantes de Méjico, adorado por los mayas con el nombre de Kukulcán. Fue el civilizador de los nahuas y les dictó leyes e instruyó en la agricultura.

b) De Coatlicue

(Del mejicano cóatl = culebra; cue = falda)

Cóatl (del mej. coatl, culebra, mellizo o lombriz de estómago) = coate, gemelo, mellizo, dualidad vida-muerte

Coatlicue = Es la diosa o soberana de la muerte en la mitología azteca; según otros, diosa de las flores. Madre Tierra y diosa de la guerra, por ser madre de Huitzilopochtli, dios de la guerra.

Falda de serpiente = contiene la muerte, el fluir, la destrucción, lo terrenal.

La iconografía de Quetzalcóatl y su valoración matemática: número y figura geométrica

Quetzalcóatl es el símbolo clave del simbolismo náhuatl. El pájaro simboliza el sól, y por extensión, el cielo. Aguila, lo mismo en Teotihuacán, que entre los aztecas, el astro en su orto es representado por el quetzal de la ciudad de los dioses, por el colibrí en Tenochtitlán. La serpiente simboliza la materia. Su asociación con las divinidades femeninas de la tierra y del agua es constante. El «monstruo de la tierra» es representado por las fauces abiertas de un reptil. La materia es sinónimo de muerte, de la nada. Cráneos y esqueletos constituyen, junto con la serpiente, el conjunto de atributos de las diosas, salvo excepción de los esqueletos y las serpientes, están siempre, no obstante, cargados de un dinamismo que, de signo de la muerte, los transforma en poder de vida.

El movimiento ligado al reptil revela, que expresa la materia, no en función de devoradora de vida, sino en su capacidad de devoradora.

La mujer, la muerte y el reptil son atributos de la materia. El reptil también se toma como materia para sacar el fuego. Si bien el término Quetzalcóatl es traducido ordinariamente por serpiente emplumada y no por pájaro con rasgos de serpiente, según su sentido literal, existen dos ejemplos teotihuacanos de esta última variante: un águila de lengua bífida y un quetzal entrelazado con la estilización de un reptil. Ello nos basta para mostrar que la síntesis es obra de esfuerzos combinados, pues mientras el reptil tiende a subir al cielo, el pájaro aspira a alcanzar la tierra, lo que parece indicar que el movimiento es concebido en el primer caso como ascensión; como descenso en el segundo.

El atributo fundamental de Quetzalcóatl es el caracol (colgado del pecho en cortes longitudinales y transversales) que se tenía como símbolo del nacimiento, explicación que concuerda con la función de procreador del hombre atribuida a Quetzalcóatl.

En los jeroglíficos mayas el caracol significa finalidad, totalidad e indica la conclusión de un período astronómico. La visión de una finalidad buscada y lograda constituye la historia completa del rey de Tula. La conexión, pues, de éste con el concepto de totalidad es lógica, porque la última fase de su existencia es precisamente la que confie-

re a Quetzalcóatl el valor de arquetipo. El nacimiento, que presupone la muerte del procreador, debe de referirse al ir más allá del determinismo orgánico que el mito traduce por medio de la ascención del corazón abrasado y no puede ser más que una réplica de la voluntad de romper el orden natural que anima al reptil. Quetzalcóatl es rey debido a su decisión de cambiar el curso de las cosas, de emprender una marcha a la cual no le obliga más que una necesidad íntima; es señor porque obedece a su propia ley, porque es fuente y principio de movimiento. Quetzalcóatl representa al planeta Venus lo mismo cuando desciende a las tinieblas que durante su marcha subterránea en busca de la luz. La elección de un cuerpo celeste como doble indica que su realidad no tiene principio ni fin. Según la parábola del rey de Tula, el destino humano se realiza mediante un movimiento que vuelve a la fuente que lo ha engendrado y la finalidad del planeta consiste en el simbolismo, en representar el movimiento que lleva de nuevo al país del sol después de un pasaje por las simas terrestres. Todos los jeroglíficos de Venus expresan lo mismo que el caracol, el concepto de totalidad. Al ponerse en contacto con la materia, el problema está simbolizado por Xolotl, doble de Quetzalcóatl. Xolotl significa en náhuatl perro, y también gemelo; bajo la forma de un perro o de un ser desnudo y contrahecho habremos de seguir en delante a la luz encarnada.

Sahagún dice que el perro es el signo del fuego y los jeroglíficos permiten precisar que ese fuego es de origen celeste, pues no sólo se identifica a Xolotl con Venus-Quetzalcóatl, sino que también está representado cayendo del cielo provisto de antorchas. Imagen de la asociación materia-fuego celeste, su comportamiento nos informará sobre la influencia que ese fuego tiene supuestamente sobre la tierra. La principal característica de Xolotl está en el movimiento. Xolotl está representado como jaguar, cayendo del cielo. De ahí que perro y jaguar posean el mismo valor simbólico. El jaguar evoca la victoria sobre las tinieblas. Mientras Quetzalcóatl es un dios celeste, Coatlicue es una diosa terrestre. Por otro lado, Quetzalcóatl significa en el sentido numeral el uno, considerado como el número trascendente, transespacial y transtemporal, geométricamente representado por el punto o el círculo, sin principio ni fin, el todo; Coatlicue, el dos, la pareja, tensión bipolar de todo acaecer, asociado como el culto a Asklepios-Esculapio, que libraba del influjo maléfico de los espíritus terrenos de las enfermedades gracias a su saber esotérico. En Epidauro aparece también el perro asociado fermedades gracias a su saber esotérico. En Epidauro aparece también el perro asociado a Asklepios, así como a la divinidad infernal Hécate; relación que se representa igualmente en Méjico, donde se acostumbraba a enterrar el cadáver en compañía de un perro como animal tutelar, en relación con el dios Xolotl, el aspecto infernal de Quetzalcóatl, semidiós y héroe civilizador de Teotihuacán. Xolotl era representado en figura, o al menos, con cabeza de can.

El quinario representa la plenitud cósmica del cuaternario, ingrávida del principio nuevamente, del uno, que introduce en él la inestabilidad creadora y la inquietud de futurización es la cifra de Quetzalcóatl y de la plenitud... finitud e infinitud, símbolo de lo visible y lo indivisible: el pentágono.

Por último la iconografía del quetzal-mariposa (estrella matutina de los toltecas, la llamada Tlahualcantlicutli), que también vuela y fertiliza las flores (relación con Coatlicue, y que es el símbolo de todo lo bello, colores de sus alas y fertilización de las

flores), de todo lo aparente, de las bellas artes, y que vuela también y tiene por ello atributos celestes.

III. Símbolo y mito

a) *El simbolismo y la mitología en Coatlicue*

A Coatlicue se la representa en el arte azteca como una estatua de tres metros vestida con falda de serpientes entrelazadas y con doble rostro del mismo animal de arqueados colmillos y bífida lengua. Luce collar o pectoral de corazones y manos de hombres inmolados, del que, como centro pende una calavera. Los muñones de los brazos terminan en cabezas de serpientes, que hacen de manos y rematan en garras de serpientes.

Cuando Coatlicue estaba barriendo el cielo, encontró una partícula, se la guardó y quedó embarazada. La madre tierra, madre de los dioses no tenía o no conocía marido (analogía con la Divina Concepción de la Virgen María); sus 400 hermanos y hermanas querían por eso matarla.

Nace de Coatlicue el dios de la guerra Huitzilopochtli (símbolo del águila) que mata a los 400 hermanos y hermanas de Coatlicue.

La muerte de los hombres nutre al dios solar. Por lo tanto, la muerte de las plantas engendra nuevas plantas. Los ojos representan al dios de la tierra. Coatlicue es madre del dios solar y del dios de la guerra. El dios solar está representado por un águila brillante y, de noche, por un áquila negra.

Los cascabeles o caracoles de la falda representan el dios de la lluvia (algo que haga ruido, cascabeles o sonajeros = símbolo de la lluvia al caer, relación con Tlaloc y Chalciutlicue). Los pechos fláccidos representan a nuestra abuela o nuestra maternidad exhausta. El hombre lo representan los cráneos y los corazones de la donación de la sangre humana a la diosa.

Las manos son el signo del trabajo. Los dos brazos recogidos y las dos serpientes representan a los dos dioses creadores, que se rompieron en dos partes y crearon así al mundo.

Las dos serpientes preciosas de la parte superior representan el cielo, el lugar supremo.

También representan la dualidad o lucha de contrarios (el número dos la pareja, que crea los hijos, aunque es la mujer, la madre o lo femenino quien los trae al mundo). Enfrentamiento.

La parte inferior de la escultura representa el reino de la muerte = ahorcados, suicidas, muertos de manera bochornosa. Hay el sí y el no, el principio masculino y el femenino.

La diosa Coatlicue, instalada en el recinto del templo de Tenochtitlán, es la diosa de la tierra, que representa a la vez el símbolo de la vida y de la muerte, aunque escatológicamente prevalezca la muerte, por el contrario de Quetzalcóatl en el que prevalecen el cielo, el bien, la felicidad y la resurrección.

Estudiaremos a Coatlicue como diosa de las flores en relación con Tlaloc, el dios de la lluvia y del agua en la mitología azteca, que recibía en primavera las primicias de

las flores nuevas, como una de las mejores ofrendas que podrían hacerse a este dios. La corporación de las floristas celebraba por esas fechas las fiestas de Coatlicue, la diosa tutelar del gremio y que era la diosa de la tierra y de la fecundidad. Los aztecas imponían a los pueblos sometidos tributos que deberían pagar en flores. A los príncipes y a los embajadores se les recibía con flores y a los nobles les daban distinción las flores. Nadie era admitido a la presencia del monarca si no llevaba un ramo de flores, que luego le entregaba. Vemos, pues, la importancia social, artística y cultural de las flores en la sociedad azteca. Posiblemente, el mundo árabe avanzado, el azteca, la sociedad europea del barroco decadente (rococó) y la Europa romántica del siglo XIX son las épocas en que las flores como elemento artístico, simbólico, social, literario y cultural han tenido mayor relieve e importancia y se las ha cuidado y estudiado mejor.

Coatlicue, partícula de la naturaleza rebelada, lleva consigo el peligro de muerte que gravita sobre ella, que parece significar su recaída en la ciega dispersión que encarna su numerosa familia. Así como el riesgo de la naturaleza de perder toda posibilidad de integrarse al tiempo, creador de la vida, deshaciéndose en la inmovilidad y el espacio, los textos atribuyen invariablemente a la diosa-madre una función de guerrero que muere en la batalla: ella es el primer ser que sufrió muerte ritual. Pese al desenlace aparentemente feliz de su aventura, parece que Coatlicue sucumbió después del parto, ya que la iconografía la representa siempre decapitada.

Resulta de ello que la hija mayor y la madre son una sola entidad y que el mayor enemigo que ésta debe vencer es ella misma.

De ahí el sentido patético de la narración: para dar a luz al ser luminoso, que lleva en su seno, ella ha de desaparecer. Existe esta trágica necesidad de colaboración. Su hijo, el vengador, el guerrero celeste, no puede nacer sin la plena conformidad de la materia.

La muerte de Coatlicue indica la conmoción de la naturaleza debida a su esfuerzo por liberarse; el movimiento que da nombre a la era de Quetzalcóatl. La fábula completa expresa el esfuerzo de los principios antagónicos. Espíritu-materia, haciéndose los dos responsables de los riesgos del combate con la esperanza de integrarse al tiempo, redentor de los hombres.

Con su aspecto demoníaco esta figura encarna el concepto de que todo ser es un eterno fluir hacia la destrucción, o una eterna destrucción él mismo.

Condición preliminar de todo renacimiento. Ahí ha quedado perfectamente plasmada la idea de un orden universal que se mantiene sobre el antagonismo de fuerzas contrarias.

b) *La mitología y el simbolismo de Quetzalcóatl y relaciones con el cristianismo*

La preciosa leyenda del maíz en el códice chimalpopoca, dice lo siguiente: «¿Qué comerán los dioses? Ya todos buscan alimento. Luego fue la hormiga a coger maíz desgranado dentro del Tonocatepetl (cerro de las mieses). Encontró Quetzalcóatl (el dios máximo) a la hormiga y le dijo: «Dime dónde fuiste a cogerlo». Muchas veces le preguntó,

pero no quiso decirlo. Luego dice que allá, señalando el lugar, y la acompaño. Quetzalcóatl se volvió hormiga negra y acompañó a la hormiga colorada hasta el depósito, arrogló el maíz y luego lo llevó a Tamoanchán. Lo mascaron los dioses y lo pusieron en nuestra boca para robustecernos. Después dijeron: ¿Qué hacemos del Tonocatepetl? Fue solo Quetzalcóatl, lo ató con cordeles y lo quiso llevar a cuestas; pero no lo alzó. A continuación, Oxomoco echó suertes con maíz; por fin, los dioses de la lluvia traen tierra y Nanuatl desgrana el maíz a palos».

Otro texto recuerda cómo fue creado el hombre de la civilización tolteca: después de haberse frustrado todos los intentos de crear a la humanidad, Quetzalcóatl bajó al reino de la muerte (Mictlantecutli), en donde recogió los huesos de los hombres y de las mujeres que habían vivido antes. Con su propia sangre y con la ayuda de Coatlicue molió los huesos, creando la masa que dio origen al hombre nuevo; pero ¿cómo podría subsistir ese hombre, si los anteriores habían muerto por falta de alimento? Entonces fue cuando Quetzalcóatl, transformado en hormiga negra trajo el grano de maíz que la hormiga roja descubriera.

Según, pues, la tradición común de todos los pueblos mejicanos, los primeros hombres, los pashil, fueron hechos del maíz y alimentados con ese grano; tal fue el alimento primitivo de los primeros seres humanos, que el cenáculo de los dioses creara en Tamoachán. Lo mascaron los dioses y lo pusieron en nuestra boca para robustecernos y nos hicieron fuertes. Tal es el origen del conocimiento del maíz. Las revoluciones del planeta Venus, que desaparece y muere dos veces, como estrella de la mañana y como lucero vespertino, y dos veces vuelve a aparecer, convierte el mito en leyenda de Quetzalcóatl, el dios-sacerdote. Según la representación del códice Borgia las diversas fases de su curso son las distintas etapas del autosacrificio de Quetzalcóatl, la última de las cuales es la resurrección de su corazón como estrella de la mañana. Se le ve entrar en el mundo inferior, se le ve morir y partirse en un dios muerto o destinado a la vida (estrella matutina). Este Quetzalcóatl destinado a la vida y que nace y se levanta cada amanecer es el astro «que precede al guerrero» (el dios solar). Es esta una muestra de la concepción de la naturaleza entre los antiguos pueblos mexicanos y al propio tiempo una gran epopeya mítica.

En la idea del hombre paleomexicano el mito es la realidad y su arte un arte mítico.

Quetzalcóatl, como estrella vespertina, baja al mundo subterráneo llevándose consigo a su hijo el sol —el sol poniente que muere— hasta el reino de los muertos. La figura del joven es de una belleza muy expresiva.

Quetzalcóatl es el rey de una pureza absoluta en un principio, se embriaga impelido por malos consejeros, abandona su reino y acaba sacrificándose en una hoguera. Su corazón liberado por las llamas sube al cielo y se convierte en el planeta Venus (bien y mal —triunfa el bien, la verdad—, triunfo del ángel sobre el demonio. Redención del pecado). Quetzalcóatl adquiere dos personalidades distintas sin relación dinámica entre sí. Por un lado, es un poderoso monarca en lucha con las pasiones, expulsado finalmente por un rival; por otro, es un dios creador, héroe de unos acontecimientos, que escapan a toda lógica. El primero perteneciente a una irrealidad mítica, no es considerado, y se le consagra como rey para la investigación. Su bajada a los infiernos y su transfiguración son tan reveladoras de su carácter, como su actividad social bienhechora (ana-

logía con Jesucristo). Separar su doble aspecto o dualidad no arregla nada, pues el rey que abandona a sus súbditos porque le gustó demasiado la bebida (analogía con «Der König in Thule», «el rey de Thule») es tan inasible como el hombre-planeta. Quetzalcóatl salta en los anales de época en época, de ciudad en ciudad; por su ambigüedad y dualidad es difícil de explicar su figura mítica. Es hombre con sus defectos, pero también es dios. Tuvo sus errores pero fue reivindicado. Fue como un mesías, como un profeta, ya que no fue sino después de su desaparición física cuando el rey se transformó en cuerpo celeste (Ascensión del Señor), su culto como señor de la aurora no puede ser contemporáneo de sus actividades en el mundo. Su manifiesto origen humano es el rasgo característico de este dios. El hombre que salva de la quietud al cielo y a la tierra se caracteriza por dos rasgos esenciales: es un ser salvado de la muerte (resurrección de la carne) y poseedor del poder de metamorfosearse en cuerpo celeste (vida eterna).

El poder de traspasar la materia es propio del quinto sol y la multiplicidad de los fenómenos (mundo terrenal) no es más que el reverso de la unidad invisible (Dios) dado que el impulso que los transforma en energía dimana de un enfrentamiento con la muerte, el mito parece indicar el acto libre como condición expresa de la vida. El hombre como materia pensante se sitúa de nivel intermedio. Tiene la misión de la lucha del espíritu para salvar esta materia. Sin embargo, superar por una parte la muerte, por otra la divinidad, es asegurarse la victoria de cada uno de estos estados.

En la visión por medio del espejo que Quetzalcóatl tiene de sí mismo se produce el pánico por la brusca aparición del rostro desconocido, que significa el contacto del espíritu con la materia y el instante de su paso a un estado de intolerable ambigüedad. Lo que sorprende en la manera de ser tratado el viejo tema es que lejos de implicar caída y degradación, es la condición expresa de la salvación (Cristo vino a este mundo terreno y de pecado para redimirnos).

Los símbolos corroboran el mito al representar la aspiración de la materia por medio de un reptil levantado con toda su altura y la del espíritu por el pájaro celeste que se tira hacia la tierra con audacia, puesto que en el quetzal un descenso tal significa peligro de muerte. Si bien el pájaro, el sacerdote quetzal, ignora lo que es un cuerpo, el reptil —símbolo de la materia— es tan incapaz como él de imaginar lo que ha de descubrir al final de su esfuerzo.

Aparece naturalmente un personaje que es la antítesis de Quetzalcóatl: es Tezcatlipoca, señor del espejo humeante. Patrón de los esclavos, instigador de guerras y discordias, corruptor sexual. Es contradictorio, cambiante, múltiple —es el personaje contradictorio y negativo—. El espejo humeante y brumoso aparece como la imagen de la materialidad y de las tinieblas. La sucesión de los períodos cósmicos y la creación se explica a través de la lucha que entablan estas dos entidades contradictorias (analogía con Persia: Ormuz-Ahrimán —Quetzalcóatl-Tecatlipoca). La unión incestuosa de Quetzalcóatl con su hermana (como Zeus-Hera) confiere a la mujer un aspecto de reptil, de signo de muerte, de naturaleza biológica, de materia.

El hecho de que Quetzalcóatl permanezca unido a las tinieblas durante cuatro días refuerza la hipótesis de que su permanencia en las tinieblas es indispensable para alcanzar la luz. (Sentido bíblico = redención-resurrección).

En la literatura náhuatl hay un capítulo que se titula *el ladrón y la serpiente:* un hombre robó tomines en un convento y fue a enterrarlos, para que no se descubriese su robo, pero cada vez que iba a enterrarlos surgía la serpiente, que con su mordedura venenosa le hería y le hizo enfermar. Unos hombres le llevaron al hospital y confesando el robo sanó el ladrón enfermo, lo cual muestra el sentido de arrepentimiento y de redención del atributo de Quetzalcóatl en la filosofía y la literatura náhuatl.

c) Evolución mítica de Quetzalcóatl (del dios del viento al dios solar matutino)

El gran dios Quetzalcóatl, serpiente emplumada, común a todos los pueblos americanos, empezó por lo menos en Méjico, como dios del viento = E-Acatl.

Se convirtió después en Tula, en héroe educador (como Osiris, Zoroastro u Orfeo); fue rey-sacerdote, llamado Kukulcán en Yucatán, y estrella matutina para las gentes de la costa. Cucuilco hace pensar en Quetzalcóatl por su planta circular, ya que los primitivos templos del dios viento debían ser sin definida orientación: el viento sopla desde todas las direcciones. Se representó al dios, al empezar como un personaje de anatomía humana, provisto de un largo pico o labios monstruosos para soplar mejor. Barre la tierra, preparando el suelo para la lluvia.

Los templos de planta circular son adjudicados a Quetzalcóatl, como dios del viento.

La leyenda de Quetzalcóatl, reducido todavía a un simple héroe-educador, otro Osiris, Numa o Solón americano, se encuentra en forma casi europea en una de las «relaciones» del señor criollo Ixtlilxochitl: «Llegó a esta tierra un hombre a quien Quetzalcóatl... de grandes virtudes, justo, santo y bueno, enseñándoles el camino de la virtud y evitándoles el vicio y el pecado, dando leyes y buena doctrina, y para refrenarles de deleites y deshonestidades constituyó el ayuno. El cual, habiendo predicado las cosas referidas en todas las más de las ciudades y en especial la de Cholula, donde asistió más, y viendo el poco fruto obtenido, se volvió por la misma parte por donde había venido prometiendo muchas calamidades y persecuciones y que volvería en el año, que se llama E-Acatl.

Quetzalcóatl por interpretación literal significa «sierpe de plumas preciosa» por sentido alegórico varón sapientísimo. El cual ido, que fue de allí, a los pocos días sucedió la destrucción y asolamiento de aquel edificio y torre tan memorable y suntuosa de la ciudad de Cholula, que era como otra torre de Babel, deshaciéndola el viento. Y después, los que escaparon de esta consunción, en las ruinas de ella edificaron un templo a Quetzalcóatl, a quien colocaron por dios del aire, por haber sido la causa de su destrucción el aire, entendiendo ellos que fue enviada de su mano esta calamidad, y le llamaron asimismo «E-Acatl», que fue el nombre del año de su venida. Y según parece por las historias referidas y por los anales, sucedió lo referido algunos años después de la encarnación de Cristo Nuestro Señor. «Era Quetzalcóatl hombre bien dispuesto, de aspecto grave, blanco y barbado. Su vestuario era una túnica larga».

En Yucatán el aire es todavía un demonio protector de las labores del campo, y en Toluca, ofrecen jarritos y frutos al aire. En la región de Teotihuacán se cree que el aire se queja al zumbar entre los magueyes y matorrales.

El poder fertilizante del viento fue reconocido por los antiguos griegos.

Virgilio en las *Geórgicas* todavía participa de la opinión tradicional de que los vientos

hacían prolíficas las yeguas. Pero ni griegos ni romanos llegaron a concentrar en una sola persona divina la acción vivificadora y saludable del viento. Cada uno de los vientos del cuadrante fue personificado soplando desde uno de los cuatro puntos cardinales. Eran jóvenes imberbes, alados como pequeños amorcillos. En la Edad Media europea los vientos fueron representados como hombres ya crecidos que vertían el contenido de un odre sobre las nubes. Ya veremos que esta fue la misión del dios Tlaloc y los tlaloques, sus criaturas, para los primitivos mejicanos. Pero E-Acatl, el dios del viento, soplando, hace un servicio preliminar a la función de Tlaloc de verter agua. Más tarde se identificará a Tlaloc con dios del viento y de la lluvia, pasando Quetzalcóatl a héroe cultural, educador y civilizador, que trae la agricultura, en rey-sacerdote (jaguar-ave)-Kukulcán, en Tula, es decir, poder temporal y poder espiritual, a manera de faraón egipcio, «Patesi» persa o califa árabe y por último, convertido en mito cósmico, se convierte en el sol vivificador, el sol que nace, la aurora o estrella solar matutina.

IV. Estudio de ambos mitos bajo dos conceptos diferentes

a) *Estudio estético*

La obra de arte no es contemplada con un criterio estético, como expresión de una capacidad artística, realizada dentro de un mundo imaginario de apariencias: se considera como algo real, no más ni menos, ni de otra manera real, que cualquier fenómeno de la realidad y dotado como ella de virtudes mágicas.

Para el estudio artístico del arte mejicano hemos de considerar las circunstancias de orden social, natural e ideológico. Para llegar desde las llanuras calizas del Yucatán hasta las frescas mesetas del alto Méjico, era forzoso atravesar malezas llenas de fiebres, de serpientes, de escorpiones, de insectos venenosos. Nada podía expresar la inquietud abrasadora de estos pueblos, que creían necesario que los muros de los templos que erigían al sol estuviesen siempre teñidos de sangre humana, pudriéndose sobre la tierra ardiente.

Teoyaumiqui, diosa de la muerte, Huitzilopochtli, dios de las matanzas, Tlaloc, dios del agua, de las selvas y de las tempestades, ordenador de las tibias cascadas, que chorrean del cielo, durante la mitad del año, y Quetzalcóatl, la serpiente emplumada, ya adorada por los toltecas de quienes heredaron el arte, el culto del sol y el ansia de sangre, todo exigía cadáveres frescos. Para consagrar en Tenochtitlán el templo de Huitzilopochtli, se degollaron ochenta mil prisioneros. El pan de los sacrificios se amasaba con sangre de niños y de vírgenes. Se arrancaban los corazones para ofrecerlos al dios y la imagen de éste desaparecía al final de las ceremonias bajo un manto de cuajarones formados por los ríos de sangre que se hacían brotar hábilmente de las rajadas arterias. Las pilas de cabezas degolladas se elevaban a la altura de los templos piramidales. Había santuarios cuya entrada era una boca con dientes que destrozaba los cráneos y desgarraba las entrañas y por la cual no se podía pasar sino hundido en sangre hasta las rodillas. Los sacerdotes desollaban a los hombres para cubrirse con su piel.

No había posibilidad de un equilibrio en el arte, que en Egipto y en Grecia fue el origen de la civilización occidental. Todo lo que no era muerte les estaba vedado. La

Quetzalcóatl (Museo Nacional de Antropología. México)

estética es por lo tanto, manifestada a través de representaciones de muerte, destrucción, poder terrorífico, eterno fluir. La diosa de la muerte, Coatlicue, cubierta de garras y de serpientes, y alzando su rostro de esqueleto y el horror de sus manos podridas, obedece en su bloque y en su estructura a una simetría esencial, una mitad es exactamente igual a la otra (limitación de dos puntos, dualidad, materialidad, principio de todo fluir y acaecer). Se nos presenta esta escultura como un inmenso bloque de piedra pesado, en cuyos elementos acusados como un «collage» en relieve, se nos da la explicación del eterno fluir y del devenir, de lo material y de lo terreno. Es la manifestación del horror, de la muerte y de la necesidad del terror como castigo. Se nos presenta como la de pechos fláccidos, la mujer como símbolo del mal y de perdición. Está imbuida de una ideología antifeminista, aunque la representación artística sea esencialmente femenina, ya que es la diosa tierra, madre de los dioses y de la fecundidad. La muerte, la guerra, la destrucción y el sacrificio humano van inherentes a ella. Se nos presenta desde un punto de vista de la filosofía del arte, como la representación de la «ewig weibliche» (el eterno femenino), la mujer como símbolo del mal y de la destrucción; a raíz de una generación sobreviene una degeneración, una destrucción de lo construido. Esta «ewig weibliche» goethiana se manifiesta en arte a través de formas barrocas. La estatua a pesar de mostrarse como un robot en su bloque, se representa a través de multiplicidad de símbolos representativos, para darnos idea del horror de su significación. Esta multiplicidad de elementos-garras, de serpientes, corazones, calaveras, cascabeles, etc., unido a su sentido temporal, nos da la idea de su sentido dionisíaco, barroco; de algo que no es uno, sino múltiple; que no es eterno, ni duradero, sino terreno, material, fluyente y pasajero. El arte azteca, cuya grandeza en la obra de arte es reflejo de la grandeza política y militar, logra una expresividad en que confluyen el elemento racional de la captación de la realidad y el irracional de una concepción formal nacida de la imaginación. A veces esta imaginación despliega un inusitado y elemental vigor: nacen obras entonces como la gran Coatlicue. También en ese realismo azteca se presenta la relación antitética entre fenómeno y concepto. Es ante todo un realismo en «el detalle» para emplear la expresión de *Alfonso Caso.* Por el contrario, Quetzalcóatl (unidad, eternidad, reposo, equilibrio) no sólo cuenta con una tradición de representación artística de varios pueblos, sino que se manifiesta en su totalidad con una idea más naturalista y unitaria, y por otro lado de un mayor equilibrio en su monumentalidad. No tiene ese sentido múltiple y cambiante de Coatlicue. Desde un punto de vista estético es más apolínea, y por otro lado, así como Coatlicue representa más a la tierra, y a todo lo terrestre subterráneo, Quetzalcóatl se sitúa en el nivel de lo terreno para elevarse a lo celeste, a la aurora o sol que nace (estrella matutina). Sus representaciones artísticas como el dios del viento son de un hombre bastante equilibrado de proporciones, con un enorme pico o boca en dos platillos, con los que sopla; o la serpiente emplumada; o el jaguar como rey-sacerdote. Las representaciones están ya más cercanas a un arte occidental.

Coatlicue se nos manifiesta en su multiplicidad como algo informe, irreal, fantástico, como una pesadilla, mientras que Quetzalcóatl tiene una manifestación si bien terrorífica más equilibrada, más naturalista, más real. El terror es un Quetzalcóatl, símbolo de arrepentimiento, de redención, no el terror como muerte y destrucción, como

castigo, que se nos manifiesta en Coatlicue, pues la leyenda de Quetzalcóatl afirma los castigos de temporales y calamidades que ocurren, para luego producirse con su vuelta la redención y la vuelta al bien, al equilibrio, al orden. Por eso de héroe pasa a mito y a dios, y se convierte en el civilizador, el héroe educador y cultural. Mientras Coatlicue lleva encerrado siempre lo negativo, la limitación del hombre, sus instintos, sus pasiones y su muerte; Quetzalcóatl nos recuerda como un profeta, o un nuevo Cristo el bien, la verdad, la eternidad, lo celeste y lo positivo y espiritual, que también lleva consigo el hombre en su ser, es decir el alma, o lo que cada uno tenemos de angélico. Es decir, es el choque tinieblas-luz, el choque demonio-ángel, y en definitiva el mal frente al bien. Por eso en su manifestación artística Coatlicue por ser más confusa, más oscura, múltiple, es barroca, mientras la claridad, la unidad, el equilibrio monumental y el naturalismo son más apolíneos y clásicos, y se manifiestan, en cierto modo, más en Quetzalcóatl. Coatlicue es fantástica y expresionista en su conjunto, y realista y naturalista en el detalle. Quetzalcóatl, por el contrario, es más naturalista en su conjunto y más idealizada, subjetiva en el detalle. En las dos se busca la esencialidad de una idea, de un símbolo; no la esencialidad de una representación, aunque Quetzalcóatl por su mayor simplicidad simbólica esté más cercana que Coatlicue, en su conjunto, a una esencialidad representativa.

Por último, quiero hacer hincapié en la fuerza de tradición, que el arte mejicano ha tenido y tiene, y que ha hecho que el arte contemporáneo sobre todo en países como Méjico y Colombia sea reflejo del artiguo arte americano prehispánico. Los grandes artistas contemporáneos mejicanos, tales como *Diego Rivera* y *José Clemente Orozco* o *Alfaro Siqueiros* han buscado en las antiguas culturas prehispánicas, tales como la maya, la azteca o la inca su inspiración plástica y argumental para sus pinturas murales o cuadros. Son pinturas que conservan esa angustia, esa lucha interna, ese afán por lo expresivo y la dualidad vida-muerte, aunque imbuidas de ese sentido social de protesta que tiene hoy día todo el arte en general. Es un arte que no olvida las formas cúbicas, el *horror vacui* y la agresividad. *Diego Rivera* pinta temas que están inspirados preferentemente en la civilización azteca, aunque con un sentido revolucionario y es un gran coleccionista de piezas de los tarascos. *José Clemente Orozco* es sobre todo un genial fresquista. El mismo dice de su arte que es «revolucionario, osado, monstruoso (como la Coatlicue) y apocalíptico (como Quetzalcóatl)».

b) *Estudio filosófico*

El mundo y el hombre han sido creados varias veces, según la concepción azteca, porque a una creación ha seguido siempre un cataclismo que ha puesto fin a la vida de la humanidad. La última vez que el hombre fue creado según uno de los mitos, Quetzalcóatl, el Prometeo mejicano, el dios benéfico para todos, bajó al mundo de los muertos para recoger los huesos de las generaciones pasadas, y regándolos con su propia sangre, creó la nueva humanidad. El hombre ha sido creado por el sacrificio de los dioses y debe corresponder ofreciéndoles su propia vida, su sangre. El sacrificio humano es esencial en la religión azteca, pues si los hombres no han podido existir sin la creación de los dioses, éstos, a su vez, necesitan que el hombre los mantenga

con su propio sacrificio y que les proporcione como alimento la sustancia mágica, la vida, que se encuentra en la sangre y en el corazón humanos.

Una de las mayores dificultades que se presentan para entender la mitología azteca es la pluralidad de dioses y la diversidad de atribuciones de un mismo dios. Esto se debe a que la religión azteca estaba en un período de síntesis, y se agrupaban, dentro de la concepción de un mismo dios, aspectos distintos que se consideraban relacionados.

Quetzalcóatl es uno de los dioses máximos, es un claro ejemplo de cómo se sintetizaban en un solo dios varios aspectos o condiciones. Así es el dios del viento, el dios de la vida, el de la mañana, el planeta Venus, el dios de los gemelos y de los monstruos. El nombre de Quetzalcóatl significa literalmente quetzal-serpiente o «serpiente de plumas», como ya hemos visto, pero como la pluma del quetzal es para el mejicano símbolo de la cosa preciosa y el cóatl significa también hermano gemelo, el nombre de Quetzalcóatl se traduce también esotéricamente por gemelo precioso, indicando que la estrella matutina y la vespertina son una sola y misma estrella. Quetzalcóatl riega con su sangre los huesos y da origen a la nueva humanidad, pero como los fragmentos son de distinto tamaño, así son los hombres y mujeres. Los hombres son, pues, hijos de Quetzalcóatl y el dios aparece siempre en esta actitud benéfica, como su padre y creador. Como dios de la vida, Quetzalcóatl aparece como el benefactor constante de la humanidad y así vemos que después de haber creado al hombre con su propia sangre, busca la manera de alimentarlo y descubre el maíz, que tenían guardado las hormigas dentro de un cerro, como ya vimos, haciéndose él mismo hormiga y robando un grano que entrega después a los hombres. Les enseña la manera de pulir el jade y otras piedras preciosas, y de encontrar los yacimientos de esas piedras, a tejer las telas polícromas con el algodón milagroso, a fabricar mosaicos con plumas de quetzal, del pájaro azul, del colibrí, de la guacamaya y de otras aves de brillante plumaje. Pero, sobre todo, enseñó al hombre la ciencia, dándole el medio de medir el tiempo y estudiar las revoluciones de los astros. Les enseñó el calendario e inventó las ceremonias y fijó los días para las oraciones y sacrificios. Quetzalcóatl es un dios antiquísimo. Es un dios de muchas y varias culturas, los mayas, los quichés, en Teotihuacán, entre los toltecas y zapotecas. La multiplicidad de sus funciones también nos indica la gran antigüedad de su culto y la veneración con que se le veía en toda Mesoamérica. El aspecto más importante desde un punto de vista filosófico y religioso sobre todo, es, como dice *Alfonso Caso,* en su libro *El Pueblo del Sol,* su relación con la idea de santidad y pecado. Su lucha con su hermano Tezcatlipoca llega a tener en la época tolteca, características no sólo míticas, sino históricas.

Se ha visto en Quetzalcóatl el arquetipo de santo, su vida de ayuno y penitencia, su carácter sacerdotal, su bondad para con sus hijos, los hombres, son manifestados a través de las crónicas y manuscritos indígenas. Sin embargo, al lado de este aspecto de santidad encontramos el pecado, en la violación de la abstinencia sexual y en la embriaguez. Este pecado le acerca más a los hombres, le hace más limitado, y ese acercamiento le hace más simpático dentro de la mentalidad espiritual del hombre mejicano. La hipótesis de que Quetzalcóatl sea una importación de ideas europeas, sobre toda de la doctrina de Cristo, está desechada ya que el dios existía ya antes de la era cristiana; lo cual indica ya un elevado concepto cultural del dios y del mito que lleva consigo el dios.

Las ideas de tierra y muerte están muy íntimamente asociadas en la mente azteca no sólo porque la tierra es el lugar al que van los cuerpos de los hombres cuando mueren, sino porque también es el lugar en el que se ocultan los astros, es decir, los dioses, cuando caen por el poniente y van al mundo de los muertos. Para los mexicanos, la tierra es una especie de monstruo, que adquiere el valor de diosa. Pero marcando la conexión que existe entre las deidades de la tierra, de la noche y de la muerte, van las diosas de la muerte acompañadas generalmente de animales como el ciempiés, los alacranes, las arañas, las serpientes y otros animales nocturnos y venenosos, símbolos de la muerte. Coatlicue tiene en los mitos aztecas una importancia especial porque es la madre de los dioses, es decir, del sol, la luna y las estrellas. Ya vimos cómo nace de ella Huitzilopochtli, en el momento en que las estrellas, capitaneadas por la luna, pretenden matarla porque no creen en el prodigio o *el misterio de la concepción divina* (analogía con la «Inmaculada Concepción de la Virgen María») y cómo el sol —Huitzilopochtili— mata a la luna y a las estrellas. Así nace un nuevo día como en el «mito de Osiris» egipcio.

La colosal estatua de Coatlicue, del Museo Nacional, que hemos analizado en el estudio estético, supera en fuerza expresiva a las creaciones más refinadas de pueblos que, como el maya, concebían a la vida y a los dioses en una forma más serena.

Sus pechos cuelgan exhaustos porque ha amamantado a los dioses y a los hombres, porque todos ellos son sus hijos, y por eso, se la llama «Nuestra Madre», «La Madre de los Dioses», «Nuestra Abuela».

Por detrás le cuelga el adorno de tiras de cuero rojo rematadas por caracoles, que es el atributo ordinario de los dioses de la tierra.

Toda la figura es una síntesis admirable de las ideas de amor y destrucción, pero el amor como medio que lleva a la degeneración, a la muerte, a la destrucción, y como dice Alfonso Caso, es una síntesis de las características de todo el arte indígena americano: la realidad en el detalle y la subjetividad en el conjunto. La figura no es la representación de un ser, sino de una idea, pero las partes analizadas individualmente son de un realismo sorprendente que, como dice *Alfonso Caso,* «sólo puede tener un pueblo que está cerca de la naturaleza». Mientras la filosofía de Quetzalcóatl representa un pensamiento idealizado neoplatónico, Coatlicue es, por decirlo así, más material, más terrenal, más vital en el sentido de cercano al hombre y a la muerte, que el hombre, por el hecho de ser hombre y ser vivo, lleva consigo. Quetzalcóatl está más cerca de la metafísica por decirlo así, Coatlicue de la física. En definitiva, y aunque sea un poco arriesgado decirlo, psicológicamente, o mejor, psicoanalíticamente, Coatlicue representa la madre, y Quetzalcóatl, en su paternalismo autoritario, pero a la vez bienhechor, al padre. padre.

V. Estudio comparativo entre Coatlicue y Quetzalcóatl. Analogías y diferencias

Analogías

a) su dualidad.

b) su ambigüedad.

c) ambos representan fuerzas cósmicas: Quetzalcóatl (el Sol), Coatlicue (la Tierra).

d) ambos participan en la creación del ser humano.

e) el sentido de terror de ambos:
terror como redención: Quetzalcóatl,
terror como castigo: Coatlicue.

f) el símbolo común de la serpiente.

Diferencias

Coatlicue	**Quetzalcóatl**
Femenino	Masculino
Heráclito	Parménides
Eterno fluir (fuego)	Eterno ser (Sol)
Lo que muere	Lo que nace
Fecundidad extremada	Fecundidad sana
Aborto	Nacimiento
Degeneración	Generación
Destrucción	Construcción (creación)
Feminista	Machista
Decadencia	Apogeo
Oscuridad (tinieblas)	Luz
Tierra	Sol - cielo
Muerte	Vida
Dolor	Felicidad
Dionisios	Apolo
Guerra	Paz
Sacrificio (pasión)	Redención
Demonio	Angel
Multiplicidad	Unidad
Nocturno	Diurno
Pesimismo	Optimismo
Cosecha mala	Cosecha buena
Barroco	Clásico

VI. Lo solar (Cielo) y lo lunar (Tierra)

El Sol está asociado con ideas tales como las de fuerza, belleza, vigor, la vida, en suma.

Pero frente a los valores sensuales, emocionales y religiosos, en última instancia, que se asocian al firmamento azul, al Sol, al día (y formando como un sistema de contrarios) están los que se asocian con la Luna y con la noche misma.

El Sol es el principio de la vida. La Luna, a la que con máxima frecuencia se considera como de sexo femenino, es la que, por su parte, preside la noche y la que ampara a los muertos. Las ideas de Luna, mes y muerte están relacionadas en más de una lengua y no sólo en las indoeuropeas. La Luna es la medidora por excelencia, la que sirve para regular las acciones de los hombres, pero no la que da fuerza a sus actos: su luz es fría e indirecta, muerta.

Durante el día fluye, pues, la vida de los hombres. Durante la noche éstos han considerado que la vida se paralizaba, que debía paralizarse e interrumpirse y que la muerte tenía su imperio: con la muerte la noche. Por una vía, creo que instintiva, se asocia el mal, o lo que es contrario al desarrollo de la vida normal. La noche es una cosa temible y esta impresión de misterio pavoroso (no de misterio augusto) la produce aún en la psique de las personas más desprovistas de creencias religiosas concretas.

Durante la noche se creía y se cree también que aparecen las almas de los difuntos en escena. Entonces, asimismo, se decía que salían de cavernas y espeluncas los espíritus que normalmente residían en otro elemento con el que hemos de contar: la tierra. La tierra es la madre de todo, del mismo modo que el firmamento es el padre. La Luna y el Sol alternativamente suben o bajan del uno a la otra en su ministerio cotidiano. Pero la tierra en sí se asocia con la creencia en seres que viven debajo de ella, en lo que, sin darle siempre un carácter peyorativo, podemos llamar los infiernos: lo que está por debajo de nosotros.

Existen, pues, dos sistemas: uno, el que forman el cielo de un lado como elemento masculino, expresión de la paternidad y de la autoridad superior; y el otro, la tierra como elemento femenino, expresión de la maternidad y de la fecundidad. El otro sistema es el que constituye el Sol y el día como vida, como fuerza y como bien; y la Luna y la noche como muerte y como mal; como elemento femenino asimismo, pero no tan fecundo como la tierra.

Relaciones de Quetzalcóatl y Coatlicue con deidades de otras mitologías

Relaciones de **Coatlicue:**

Con la mitología escandinava de los países nórdicos:
Yörd o **Frigg**, esposa de **Odin**.

Con Egipto:
Con **Seth** (tinieblas, oscuridad, poder destructor)
Con **Osiris**

Con Persia:
Dualidad **Ormuz-Ahriman.**

Con Grecia:
Diosa Kronos o **Saturno**

Relaciones de **Quetzalcóatl:**

Con Egipto:
Mito de **Osiris: Horus-Isis-Osiris.**

Mitología Sumero-Acadia:
Ishtar (símbolo de la luz vespertina y matutina).

Con Persia:
Ormuz (dios del bien y de lo favorable). Frente a **Tezcatlipoca (Ariman).**

Con Fenicia:
Astarté (la **Ishtar** Sumero-Acadia)
Baal (Sol masculino).

Con Grecia:
La **Aurora:** nacimiento de la luz.

Con la mitología germánica:
Thor, hijo de **Odin** y de **Yörd**
Heimdallr, dios blanco.

Bibliografía

CASO, ALFONSO: *El pueblo del Sol* (figuras de Miguel Covarrubias). México, F.C.E., 1971.

CASO, ALFONSO: *La religión de los aztecas.* México, Secretaría de Educación Pública, 1945.

FERNÁNDEZ, JUSTINO: *Estética del arte mexicano. Coatlicue. El retablo de los reyes. El hombre.* México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1972.

GARIBAY K., ANGEL MARÍA: *La literatura de los aztecas.* México, Joaquín Mortiz, 1964.

SEJOURNÉ, LAURETTE: *El universo de Quetzalcóatl* (traducción de A. Orfila Reynal). México, F.C.E., 1962.

SEJOURNÉ, LAURETTE: *Pensamiento y religión en el México Antiguo* (traducción de A. Orfila Reynal). Segunda reimpresión. México, F.C.E., 1970.

WESTHEIM, PAUL: *Ideas fundamentales del arte prehispánico en México* (traducción del alemán por Mariana Frenk). México, Fondo de Cultura Económica, 1957.

WESTHEIM, PAUL (y otros): *Cuarenta siglos de plástica mexicana.* México, Herrero, 1969.

WESTHEIM, PAUL: *La calavera* (traducción de Mariana Frenk). México, Era, 1971.

Carlos D'Ors Führer